

Una corona al menos y una palma:
 Única recompensa del que parte
 Desde la vida mísera del arte
 A la región incógnita del alma.

Mas extraños, tal vez, á los arcanos
 De la vida del arte, ¿habéis vosotros
 Los que llenáis un ancho coliseo
 Por placer literario ó por recreo
 Vulgar, sabios doctores, cortesanos
 Ilustres ó sencillos artesanos,
 Los que jueces del arte de los otros
 Fruncís la cejas ó batís las manos,
 Habéis sondeado alguna vez el alma
 De aquel artista á quien sentís con pasmo
 Que á la social indiferente calma
 Poco á poco os arranca á pesar vuestro,
 Y á cuyo genio, inspiración y estro
 Dais ¡bravos! y palmadas de entusiasmo?
 ¿Ha escudriñado vuestro afán curioso
 (Mas... con el corazón, no con la vista)
 Lo que es en sí su triunfo estrepitoso,
 Lo que pesa la gloria del artista?
 Yo que viví en la atmósfera del arte
 En mi edad juvenil y en otro suelo,
 Voy ante vuestros ojos á una parte
 De la vida del arte á alzar el velo.

De las glorias del arte, la más leve,
 Más pasajera, efímera y liviana
 Ha cabido al actor; copo de nieve
 Que derrite el albor de la mañana,
 La gloria del actor tan sólo debe
 De su vida durar el tiempo breve:
 Porque al morir en el vacío viento
 El aplauso que al público arrebató
 Su noble acción ó su inspirado acento,
 Con el último soplo de su aliento
 Su propia creación él mismo mata.
 Su figura, su acción y su semblante,
 Como la imagen que nos da un espejo
 Que en quitándonos de él se desvanece,
 Como de un lago el vívido reflejo
 Que cuando el sol se pone se oscurece,

Del público al quitarse de delante
 Todo con el actor desaparece.

Deja el pintor sus lienzos inmortales
 A la sanción y admiración futuras:
 El poeta sus rimas más vanales
 En un frágil papel deja seguras:
 Del músico los cantos celestiales,
 Del escultor las mágicas figuras
 Quedan, para honra suya y de su era,
 Delicia de la gente venidera.
 El arquitecto en las soberbias moles
 De puentes, obeliscos, catedrales,
 Que arrostrando en sus sólidos cimientos
 Las lluvias y los vientos
 Ven de cien siglos los distantes soles,
 A la remota edad su nombre lega,
 Y en sus moles inmóviles escrito,
 A la remota edad su nombre llega,
 No olvidado jamás, tal vez bendito.

Todo ingenio que crea, tras su paso
 Deja un rastro más hondo ó más escaso.
 En su ovación mayor, ¿cuál es la huella
 Del actor de más fe, de más talento,
 En su mejor papel, en la más bella
 Situación teatral, en el momento
 En que su arte difícil más descuella?
 Yo os lo evoco: héle aquí que os le presento:
 Abro la escena y le coloco en ella.

Henchida tiene la redonda sala
 De un público selecto, inteligente,
 Los palcos llenos de hermosura y gala,
 En el patio, esperándole, se instala
 Un pueblo de admirarle ya impaciente;
 Todo es flores y luz, blondas, diamantes,
 Sonrisas de placer, ojos brillantes
 Que hacen vibrar el perfumado ambiente.
 Es la noche del día de una fiesta,
 Y es una fiesta nacional: la gente
 Al recibir del arte predispuesta
 Las varias y ofrecidas sensaciones
 En anuncios escritos diestramente,
 Espera ávidamente
 Sentir y saborear sus emociones.

El drama es de un autor á quien se admira:
 Según en su argumento se adelanta
 Más interesa al público y le encanta:
 Su versificación fresca y valiente
 Deleita: la pasión sobre que gira
 Desarrolla el autor maestramente:
 Y en una situación, que sólo inspira
 A un poeta maestro un genio ardiente,
 Se coloca el actor magistralmente.
 Nada hay que en favor suyo no se adune:
 Todo para su triunfo se reúne;
 Acción, figura, voz, fisonomía,
 Todo en él es verdad y poesía:
 Todo arrebatada en él, todo convence,
 Todo está en relación y en armonía:
 La ilusión es completa: el actor vence,
 Fascina, magnetiza, descarría
 A la razón, la arrastra en su entusiasmo,
 Y más veraz la muestra en tal momento
 Que la misma verdad, el fingimiento.
 La atención es profunda: el pueblo calla
 Sintiendo en su atención con hondo pasmo
 Que el actor le subyuga, le avasalla:
 Y embebecido de placer le mira,
 Y embriagado en magnético marasmo,
 Para no hacer rumor no se menea,
 Para no perder frase no respira,
 Por no perder acción no pestañea.
 El actor le domina, le adormece,
 Le galvaniza: es suyo: y á su antojo
 Infundiéndole amor, piedad, enojo,
 Placer ú horror, le exalta, le entornece,
 Le indigna, le horroriza, le embelesa,
 A su antojo le agita, le estremece:
 Y en nerviosa tensión, que aumenta y crece,
 Su alma teniendo en sus palabras presa,
 Sus fibras más sensibles tanto estira,
 Que, arrebatado al fin, rompe la valla,
 De entusiasmo frenético delira,
 Y en un aplauso universal estalla:
 Y á aquel aullido colosal, titáneo,
 Que del circo los ámbitos atruena,
 Un movimiento unánime, espontáneo,
 Cubre de flores y laurel la escena.

¡ Triunfo brillante, merecido, inmenso:
 Del victorioso actor la alma se mece
 Sobre el vapor del popular incienso,
 Sintiendo poco á su anhelar la esfera
 Y á su respiración el aire extenso!
 Y no hay gloria más grata, más sincera
 Que la de un grande actor que, en lucha franca
 Arrastra en su favor la sala entera,
 Y al pueblo un ¡ bravo! universal arranca.
 Pero hé aquí del arte los arcanos:
 Hé aquí el coto que á la prez mundana
 Pusó Dios en sus fallos soberanos:
 Hé aquí el acíbar que á los dulces granos
 Del fruto dió de nuestra gloria humana;
 Con el actor, que su ovación merece,
 La creación de su talento vana
 Al caer el telón desaparece;
 Y el ruido apenas del aplauso inspira,
 Cuando á traición su mérito rebaja
 La crítica mordaz, la envidia baja,
 La vil calumnia, la falaz mentira,
 Y como su creación no permanece
 En formas indelebles modelada:
 Como no puede ser ni repetida,
 Ni á confundir á tiempo presentada
 La oposición de la malicia ajena
 Como una prueba fácil aducida,
 Quien su bella creación no vió en la escena
 Ni sabe si su gloria es de ley buena,
 Ni puede comprender si es merecida;
 Porque es la imagen que se ve distinta
 Del espejo en la lámina azogada:
 Miraos á él y vuestra faz os pinta,
 Quitaos del cristal, ¿ qué queda? Nada.

¿ Damos un paso más? ¿ Queréis más hondo
 Hueco abrir á vuestra ávida mirada,
 Y más del arte escudriñar el fondo?
 ¿ Queréis que yo, que un día
 En la gloria del arte logré un tanto
 Cuando de él en la atmósfera vivía;
 Yo, que aunque ahora en voluntario encierro
 De la vida del arte me destierro,
 Mas de la voz del arte al eco santo

Como evocado espectro me levanto,
 A la vida del arte vuelvo un punto,
 Y en bien ú honor del pobre ó del difunto
 Elevo un panegírico ó un canto;
 Y que después del himno ó la plegaria
 A hundirme torno, y el cancel de hierro
 Del olvido letal sobre mí cierro. . . .
 ¿Queréis que á mi existencia solitaria
 Antes que vuelva desde aquí, un instante
 Un pliegue de la tela funeraria
 Que envuelve su sarcófago levante,
 Y aunque un esfuerzo de dolor me cueste
 La realidad del arte os manifieste?
 Os voy á presentar, aunque os asombre,
 Ante la gloria del artista al hombre.

El actor doblemente condenado
 A la miseria, á la aflicción y al duelo
 Por hombre y por actor, sufre doblado
 El pesar que al que nace impone el cielo.
 Pesa sobre él aún (ya no muy viva,
 Gracias á un siglo que al error derriba),
 La preocupación de la edad media:
 Le corona en el foro, mas le esquiva
 De la escena social la gran comedia.
 Para placer del público pagado,
 Esclavo vive del placer ajeno:
 Y á la hora del placer, está obligado
 A verter el placer, aunque en su seno
 Del más agrio pesar hierva el veneno.
 ¿Sabéis lo que es venir, atravesado
 De duelo el corazón á hora precisa,
 Al público á arrancar desde el tablado
 Llanto forzoso ó espontánea rísa?
 ¿La pena comprendéis íntima y fiera
 Del que os divierte aquí, cuando allá fuera
 El que os hace reír es fueza que halle
 Un pesar que en acecho allá le espera:
 Pesar voraz, miseria verdadera
 De nuestra vida de miserias valle?
 ¿Y comprendéis lo que en su alma pesa
 El manto recamado de oropeles,
 La diadema de talco tan liviana
 Y el cetro de cartón de sus papeles,

Cuando sin luz su hogar, sin pan su mesa,
 Le aguarda en su mansión la madre anciana,
 La esposa enferma, la demente hermana,
 La hija adorada de la fiebre presa,
 Alguna de ellas á expirar cercana?

Basta: sobre esta desnudez del arte
 Tendamos del teatro la cortina:
 De la escénica gloria del que parte
 A otra vida mejor de esta mezquina,
 Encendamos no más la luz divina:
 Y su llama fantástica, hechicera,
 No más alumbre con su luz celeste
 Que el poético mundo, toda entera
 Sumiendo en sombra la miseria de éste.
 La gloria del actor es muy ligera,
 Leve, fugaz, versátil, pasajera,
 Es verdad; mas las artes son hermanas
 Y todas contribuyen generosas
 Las glorias del actor que son livianas
 A perpetuar, grabando y esculpiendo
 En mármoles su faz, su nombre en losas,
 Su historia en libros, su virtud en cantos;
 Y en brazos de ellas, si á la edad futura
 No lega de su ingenio los encantos,
 Entre guirnaldas de laurel y rosas
 Su nombre llega, y su memoria dura.

Y así el de Castro vivirá; lo fío,
 No con orgullo audaz del canto mío
 Que morirá con mi memoria oscura,
 Sino del pueblo en que amanece el día
 De la moderna liberal cultura,
 Que de sus hijos el talento aprecia,
 Que, de su edad poniéndose á la altura,
 De las pasadas con desdén desprecia
 La preocupación y la manía,
 Y al que en su patria con talento nace,
 Coronas teje y ovaciones hace,
 Porque al que hijo de México ha nacido
 No le pese jamás haberlo sido.

Basta. Al que aquí llorando coronamos
 De frescas rosas y de verdes ramos

Ya no veremos más ; ya á su despejo
Escénico, á su cómico gracejo
No temblará nuestra alma conmovida,
Risa no brotará mal reprimida;
Ya se borró su imagen del espejo:
Ya ha caído el telón sobre su vida.

Y yo errante poeta castellano,
Brindado por el arte mexicano
Con tan noble misión, su gentileza
Agradezco leal, y acepto ufano.
No os cause, pues, ni celos ni extrañeza
Que, español, en honor de un pueblo hermano,
Venga á poner con imparcial nobleza
De Castro en prez, con mi última plegaria,
La última flor en su urna cineraria,
La primera corona en su cabeza.*
Cumplí; vuelvo á mi sombra solitaria:
Acaba mi cantar, su gloria empieza.

.....
Corridos todos los trámites y cubiertas todas las fórmulas, el Archiduque de Austria Fernando Maximiliano aceptó la corona del nuevo Imperio Mexicano y en celebridad de ello hubo una función de gala en el coliseo de Vergara el lunes 23 de Noviembre, día en que por primera vez se le dió título de *Gran Teatro Imperial*. "En el adorno del teatro, dice un periódico, en su iluminación deslumbradora, en las selectas invitaciones, en la acertada elección de la ópera *Norma*, en la feliz ejecución con que se distinguió cada uno de los discípulos del Sr. D. Bruno Flores en su papel respectivo, en todo estuvo afortunada la Comisión encargada de preparar y dirigir la celebración del fausto suceso que aparece en nuestro horizonte político, como sol vivificador que con sus rayos disipa las nubes de la demagogia en todo el ámbito del Imperio."

Concluyamos, después de esta cita, con lo relativo al año artístico en 1863, apuntando nada más lo numeroso y repetido de las representaciones de un drama tomado de una novela de Ibo Alfaro, escritor español, por el literato mexicano D. Luis G. Iza, con el título nada culto, inventado por el autor español, pero sí escandalosamente llamativo de *Malditas sean las mujeres*. En 25 de Octubre se dió en Iturbide una primera representación de ese drama, que en el anti-

* El ilustre poeta español interrumpió aquí su canto, y fué á coronar de siemprevivas el busto del insigne actor.

guo de Oriente proporcionó, casi solo y por muchos meses, de comer á modestísimo cuadro dramático dirigido por D. Rafael Frías. Mina fué que hubiese deseado para sí la Compañía del Principal, la que para proporcionarse alguna entrada extraordinaria, en 24 de Diciembre ofreció al público en el Teatro Imperial la *opereta pastoril*, *La noche más venturosa ó el El Premio de la inocencia*.

Buscando el éxito material, y seguramente fué espléndido, dicha Compañía combinó con D. José Zorrilla dos funciones celebradas el 28 y el 30 de Enero de 1864, en el Gran Teatro. Habiéndose dicho que el ilustre poeta se disponía á regresar á España, la sociedad dramática empresaria le invitó á dar alguna lectura en su teatro, antes de que tal viaje emprendiera, y como un brillante modo de despedirse de México. Zorrilla contestó así: "Hay un proverbio oriental, que traducido á nuestra lengua dice poco más ó menos:

"La juventud produce
genio y amores,
mas con la Primavera
se van las flores."

Dícese que con esa respuesta Zorrilla quiso decir: "que no le estaba bien en la edad madura lo que le fué tan aplaudido en la juventud." La empresa insistió; y después de algunas vacilaciones, el poeta le envió un manuscrito intitulado, *El cuento de las Flores, lectura decorada y puesta en acción del proverbio Tras de la Primavera se van las Flores*." Esta original composición en la cual, en determinados momentos, tomaba parte el mismo Zorrilla, se dividía en los cuatro cuadros siguientes: I. *La Sensitiva*, por la Sra. Cañete, el Sr. Mata, la *Sensitiva* y el Sr. Zorrilla. II. Introducción á las lecturas por el Sr. José Zorrilla. III. *El Tenorio de las Flores*, por la Cañete, Mata, la *Sensitiva* y *Don Diego de Noche*. IV. *Historia de una rosa*, por el Sr. Zorrilla."

Hé aquí la revista que de la función hizo un periódico de la época:

"*El Cuento de las Flores*. La obra que con este título ha escrito el ilustre poeta español D. José Zorrilla, y que se ejecutó en el Teatro Imperial la noche del 28, agradó sobremanera al numeroso público que, ávido de escuchar al distinguido vate, ocupaba todas las localidades desde mucho antes de que comenzase la función. Lo más granado, lo más elegante, lo más selecto de México se veía reunido en el espacioso local, que estaba espléndidamente iluminado. Cuando el original y delicado asunto de la producción hizo salir al palco escénico al poeta español, una prolongada salva general de aplausos resonó por todas partes. Era el saludo que los inteligentes, los admiradores de las bellezas literarias, enviaban al genio.

“El Sr. Zorrilla correspondió á aquella demostración de aprecio y simpatía, con una inclinación de cabeza, y en seguida se puso á leer, con entonación sonora y robusta, con voz clara y firme, una poesía fresca, dulce y expresiva, que arrebató al auditorio, que volvió á colmarle de aplausos y de bravos. Aun se escuchaban algunos de éstos, cuando la Sra. María Cañete se acercó á él, le dirigió algunas palabras y colocó en sus sienes una sencilla corona. Después, el apreciable joven D. Manuel Cortina se presentó á hacerle un obsequio á nombre de la Colonia Española, consistente en un precioso ramo cubierto de onzas de oro, y en una bellísima corona rodeada completamente de escudos, también de oro, de cuatro pesos, que suplían á los botones que antiguamente se colocaban de tres en tres en las coronas de laurel destinadas á los poetas y literatos.

“A la escena de la lectura siguieron obras dramáticas en que la Sra. Cañete, la inteligente Srita. Cejudo, el Sr. Mata y su simpática hija, desempeñaron sus papeles con toda perfección. En el último acto, y donde el argumento lo exigía, volvió á presentarse el Sr. Zorrilla, en medio de ruidosos aplausos. Calmados éstos, leyó con la maestría que acostumbra otra bellísima composición que, á instancias del público, se dignó repetir.

“La función, pues, dejó complacida á toda la concurrencia. El Sr. Zorrilla agregó á la corona de sus triunfos una preciosa hoja más, y México se complace de haber recibido en los últimos versos del *Cuento de las Flores* una prueba del sincero afecto que le profesa el poeta.”

A esto añadía *La Sociedad*: “La función dramática de antenoche ha dejado grata impresión en el ánimo de los concurrentes, así por la caprichosa novedad del espectáculo como por los bellísimos versos con que el Sr. Zorrilla obsequió á México y á los mexicanos. El eminente poeta español, en vísperas de partir de un país que considera como suyo, se despide de los mexicanos asegurándoles que su corazón queda con ellos. La memoria del Sr. Zorrilla será grata á sus huéspedes. Los versos que contienen los adioses del poeta y los de la *Historia de una rosa*, arrancaron al público aplausos mucho más estrepitosos que lo demás de la función.”

Lástima fué que el ilustre poeta que tan bien se había portado hasta allí con México, y á quien México quiso y admiró como á nadie, no hubiese persistido en llevar adelante su viaje, en vez de continuar en este país para sacrificar, en aras de su cariño á una distinguida víctima, las simpatías de toda una nación á la cual tantas veces y con tanta anterioridad á la catástrofe de Querétaro ofreció y juró amistad. Quienes siempre hemos visto y hemos de continuar viendo en Zorrilla un eminente y simpático poeta, no tendríamos el dolor de ver generalmente borradas las simpatías que México le acordó algún día como á ningún otro de los genios que en él se han hospedado.

CAPITULO XIV

1864 á 1867.

Dije en el anterior capítulo, que para celebrar la aceptación del trono imperial por Maximiliano, dispuso el Ayuntamiento de México una lucida función de obsequio en el Gran Teatro la noche del 23 de Noviembre de 1863. En ella se cantó *Norma* por la Compañía mexicana de Bruno Flores, quien animado con los aplausos obtenidos aquella noche y la del 4 de Diciembre con la repetición de la misma ópera, protegido por el Prefecto Político y por la Regencia, que le acordaron una subvención, abrió un abono de seis funciones, dando la primera de ellas el 20 de Enero de 1864, con *Lucia*. Formaban ese cuadro lírico, Soledad Vallejo, que á su gallarda presencia unía una voz clara y melodiosa; la no menos apreciable Manuela Gómez; las contralto Luisa Luna, Marietta Pagliari; Bruno Flores, Ignacio Montenegro y Teodoro Montes de Oca, tenores; Francisco Pineda y Rafael Quesadas, barítonos; Miguel Loza, Manuel Cisneros y Antonio Torres, bajos. Miguel Meneses fué el maestro al cémbalo del susodicho cuadro lírico.

Los recomendables aficionados que lo formaban, cantaron con bastante fortuna *Lucia*, *Norma*, *Sonámbula* y *La Vestal*, y más adelante, cuando ya se encontraban en México Maximiliano y Carlota, llegados á la Capital el 12 de Junio, con su asistencia y en celebridad del cumpleaños del Soberano, cantaron *Agorante*, *Rey de la Nubia*, ópera en tres actos y cuatro cuadros, compuesta por Miguel Meneses, y así repartida: *Agorante*, Rafael Quesadas; *Zoraida*, Manuela Gómez; *Ricardo*, Teodoro Montes de Oca; *Ircano*, Miguel Loza; *Zomira*, Luisa Luna, y *Ernesto*, Manuel Cisneros. Tuvo lugar este estreno el día 6 de Julio. El 12 fué cantada, por primera vez también, otra ópera de autor mexicano, llamada *Pirro de Aragón*, compuesta por Leonardo Canales, á quien la orquesta y los artistas de Bruno Flores parece que dieron un disgusto monumental, pues en una revista que publicó *El Pájaro Verde*, se lee: “Todos los concertantes se desgraciaron, por poco empeño de los cantantes; violines hubo á los que se les rompieron cuatro cuerdas en la noche, y las trompas dejaban escapar fuera de tiempo agudísimas notas: Canales tuvo que ponerse en pie y apostrofar á los músicos ante el público.”